

endur / pels mots imprecisos. Salvador Esprú, por cierto, ha emplazado en 1951 los inicios de este cambio en la voz poética de Vinyoli a raíz de la publicación de *Les hores retrobades*, libro que "si lo leemos con atención, percibiremos el progresivo desengaño de un hombre que asiste al hundimiento del laborioso edificio de su idealismo".

Las palabras de Esprú sugieren, así, el itinerario lírico de Joan Vinyoli: en 1937 *Primer desenllaç*, con el estupendo poema *D'una terra*, que resume una poesía mentalizada en grado sumo, de dibujo preciso y casi geometrizado, y en la que la voluntaria frialdad queda, no obstante, agrietada en algún momento por las leves fisuras del dolor. Poesía que podríamos encuadrar, en fin, entre el frío autocontrol de Carles Riba, el optimismo terreno de Jorge Guillén y a lo lejos, como nube que mancha ligeramente este paisaje vítreo, la inquietud vital de Joan Maragall.

Sin embargo, dicho paisaje —una Catalunya exorcizada por cierto ademán esteticista— se hundiría por los mordiscos de la Historia: tras *Primer desenllaç* vendrá *De vida i somni* (1948), donde el afán por racionalizar los sentimientos y las imágenes es aún visible. Y tres años más tarde, *Les hores retrobades*, en cuyas páginas el pasado —el poeta es ya hombre maduro— gravita cada vez más con sus acusaciones, sus recuerdos, sus desintegraciones: primeros hundimientos geológicos en el paisaje inicialmente inmóvil de La Selva.

Después, con *El callat* (1956), las imágenes de la noche, el aleteo negro de los pájaros, el fondo umbroso de los ríos, van poco a poco manchando de extraña inquietud los poemas: el autor, como confiesa en *El camí*, cae herido *sota el pes de les ombres*. No obstante, el paisaje aún muestra cierto lujo culturalista. Será precisamente con *Realitats* (1963) cuando aparezca ya la ciudad como ámbito temático, sustituyendo en parte al mundo rural: libro en el que no se halla ausente un cierto neorrealismo mediterráneo y en el que el anterior lirismo con sabores germánicos queda suplantada por los días, los trabajos, los juegos, el hastío de las gentes anónimas de la metrópoli.

Degradación del paisaje, en cierto modo, que corresponde a las llagas que un tiempo tanto

histórico como subjetivo van creando en la sensibilidad del poeta, ahora más alerta que nunca, como lo demostrarán sus últimos libros, *Tot és ara i res* (1970), *Encara les paraules* (1973) y *Ara que és tard* (1975). ■ LAUREA BONET.

El problema del catolicismo liberal

Con este subtítulo el profesor José Luis Abellán aborda en el amplio prólogo del libro, *Memoria Testamentaria*, de don Fernando de Castro (1), el interesante problema del catolicismo liberal en España durante el siglo XIX.

Dos personas —J. L. Abellán y Elias Díaz— están contribuyendo muy serena y documentadamente a darnos una faz objetiva del fenómeno, que cada vez se descubre como más importante y decisivo en nuestra Historia contemporánea, del krausismo.

Deformados como estábamos por las duras e injustas palabras

(1) Fernando de Castro: *Memoria Testamentaria*. Ed. Castalia. Madrid, 1975.



Fernando de Castro.

de Menéndez Pelayo contra su fundador, don Julián Sanz del Río, apenas hemos dado ninguna importancia a este fenómeno, sobre todo en estos últimos y cerrados cuarenta años que hemos vivido de nacional-catolicismo. Nos parecía esta postura una especie de rareza de un pequeño grupo de ilusos que se habían salido de la Iglesia católica desde el primer momento de su vida pública.

Ahora —gracias a los estudios de estos especialistas— empezamos a saber la verdad histórica: esos grandes pensadores y educadores llamados krausistas fueron profundamente cristianos y pretendieron defender en nuestro cerrado país un catolicismo liberal, al estilo del difundido tan ampliamente en el siglo XIX en Francia y Bélgica por el Abbé Lamennais, el dominico padre Lacordaire, el seglar conde de Montalembert y el obispo Dupanloup. La fuerza de los retrógrados ultramontanos, allende nuestras fronteras, no pudieron acallar totalmente esas voces de la Iglesia francesa, salvo en el caso de Lamennais, que se salió de la comunidad católica, falto de resistencia psicológica para recibir serenamente los embates del catolicismo reaccionario francés. Hoy, sin embargo, puede contar con esas tres figuras ejemplares la Iglesia francesa, allí donde en la nuestra no podemos basarnos en ningún testimonio parecido, porque ninguno de los que empezó como católico liberal pudo llegar hasta el final coherente con su convicción mantenida dentro de la Iglesia.

Abellán demuestra que los fundadores de la *Institución Libre de Enseñanza* —el fruto

